

Dos perspectivas de la Revolución Mexicana

María Dolores Pérez Padilla

Universidad de Guadalajara

Pérez Padilla, María Dolores (2009), Dos perspectivas de la Revolución Mexicana.

El estudio de la historia se entiende aquí como un diálogo, una conversación entre diversas comunidades relacionadas entre sí; entre comunidades de nuestro pasado y las que coexisten en el presente desde donde se redescubre y discute la historia, el pasado que se busca comprender y potenciar de manera que se proyecte al futuro. Para que el diálogo sea posible, sin embargo, hay que elaborar una situación hermenéutica que permita, al ser consciente de los propios prejuicios, ponerlos a prueba, ampliar el horizonte e ir al encuentro del *otro*. Puestas en este marco, sólo una de las dos obras estudiadas participa de esta manera de entender la historia. Con la dosis de objetividad que permite el ser consciente de que le es parte del campo que se estudia, el autor de *Pancho Villa* encuentra en ese *otro* que fuera uno de los protagonistas de la Revolución Mexicana, a un interlocutor con el cual intercambiar la palabra que somos. En *Cien años de confusión*, en cambio, el autor concibe la historia como un monólogo; la modernidad, paradigma y prejuicio que respalda la obra, lleva en sí la imposibilidad del diálogo: la figura moderna del sujeto no encuentra en la historia otra cosa que no sea objeto.

[Situación hermenéutica / Prejuicio / Horizonte / Diálogo / Constitución narrativa]

Darle al otro validez frente a uno mismo.

(Hans-Georg Gadamer)

I. Introducción

La proximidad del centenario del inicio de la lucha armada que conocemos como la Revolución Mexicana, y la del bicentenario de la Independencia, así como la caída del régimen político que se mantuvo en el poder la mayor parte del siglo XX, han dado lugar a lo que podría considerarse un debate que se manifiesta en diferentes instancias y discursos que buscan modificar el relato oficial que conocemos como Historia de México. Se busca, en todo caso, redescibir nuestra historia. En esta tarea toman parte desde instituciones bancarias e industrias del turismo, hasta instituciones de educación básica, académicos de instituciones superiores y el mundo intelectual y artístico. Desde luego, en esta esfera ocupan lugar preponderante en la discusión los relatos historiográficos, las novelas históricas y algunas otras modalidades narrativas como la biografía. En el trabajo que sigue, comentaré dos textos que desde esta esfera participan en el debate: uno es *Pancho Villa. Una biografía narrativa*, de Paco Ignacio Taibo II (Planeta, 2006). El otro, *Cien años de confusión. México en el siglo XX*, de Macario Schettino (Taurus, 2007).

Para comentar estas redescipciones tomo como base algunos términos de la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer que se complementarán con algunos aspectos de la propuesta teórica de Paul Ricoeur acerca de la

constitución narrativa de la historia, por considerar que el paradigma del conocimiento histórico que postulan estos estudiosos, del cual estos conceptos y nociones forman parte fundamental, es un apoyo pertinente en la tarea que me propongo, y que es la de identificar el concepto de historia implicado en cada uno de los textos que estudio, y que configura su argumentación.

Parto, con Ricoeur, del presupuesto básico de que las dos obras que aquí me ocupan pertenecen al amplio campo del discurso narrativo —cuya característica fundamental e ineludible es la temporalidad implicada— discurso conformado por dos grandes familias: la de las formas “empíricas” y la del relato de “ficción”, ambas con sus propias modalidades. Aunque los dos textos de mi estudio pertenecen al primer grupo, mi trabajo no seguirá la línea del discernimiento y verificación de la falsedad o verdad de los datos, dado que mi análisis no apunta a ese primer nivel de los datos empíricos, sino al de los intereses que prefiguran a uno y otro texto, intereses que conciernen “a las metas que orientan una actividad cognoscitiva” (Ricoeur, 1994: 106), y que fundamentan la discusión con que estas obras participan en el mencionado debate en que se halla el país. Por último, quizá no sobre indicar que, como se habrá observado, aunque las dos obras en cuestión pertenecen, dentro del discurso narrativo empírico, a dos modalidades diferentes: historia y biografía (con todo lo que ello implica) encuentro pertinente la comparación ya que esta diferencia tampoco concierne al nivel que me propongo estudiar.

Dado el objetivo de este trabajo y los límites propios de este artículo, considero fértil concentrarme para el análisis, primordialmente, en sus

respectivas introducciones, lugar de mayor relieve en el nivel de la argumentación que busco identificar, aunque también haré referencia a algunas otras secciones de las obras. No pretendo, desde luego, agotar el análisis, sino apenas esbozarlo.

II. La situación hermenéutica

Haré el recorrido de este estudio, en particular, desde la noción de situación hermenéutica. Estar en una situación, afirma Gadamer, implica que nos hallamos inmersos en ella, no fuera o frente a ella, y lo mismo vale, dice, para la situación hermenéutica que sería aquella en la que el estudioso — debido a que es parte de la tradición— se halla respecto a los fenómenos históricos que estudia. Al encontrarse inmerso en ella, no podrá salir a estudiar “los hechos en sí” sino que desde ahí los comprende y, por consiguiente, los interpreta. Por lo tanto, señala, un requisito indispensable es que el historiador tenga, desde el inicio de su investigación, consciencia de esta situación hermenéutica, que asuma el hecho de que está implicado en la historia. Nuestra condición de seres históricos supone que en el estudio de las ciencias humanas, la objetividad no se consigue por entero. La situación no es la de un sujeto frente a un objeto, sino la de una parte entre otras en el conjunto que es la tradición, lo traído por el lenguaje que lo constituye.

Se desprende, así, que desde esta situación en que se encuentra el investigador tendrá ante sí un horizonte, entendido éste como el área de visión que su pensamiento abarca desde la situación hermenéutica en que se

halla. De esta manera, el horizonte de cada cual será más o menos estrecho; siempre limitado. Éste configura los límites de la visión del estudioso frente a los fenómenos históricos que le ocupan. Pero en la medida en que sea consciente de la situación hermenéutica podrá aspirar a ensanchar su horizonte y, por lo tanto, a observar con más nitidez la alteridad de la situación que estudia con respecto de la propia; también, las relaciones entre ellas, su lugar en el campo más amplio de la tradición de que ambas situaciones forman parte. Logrado esto, el investigador podrá, como indiqué antes, no “estudiar los datos en sí” sino dialogar con esa alteridad, con esa otra situación histórica, y lograr que esta conversación ilumine la situación actual, la historia presente.

Se entiende de igual manera que los estudiosos de las ciencias humanas, por muy contemporáneos que sean entre ellos, podrán hallarse en mayor o menor medida en situaciones diferentes, teniendo ante sí, relativamente, distinto horizonte. Esto se debe a las distintas experiencias que cada uno ha vivido y, sobre todo, a la diversidad del bagaje cultural conformado por lo que Gadamer denomina prejuicios —teorías, lenguajes, mitos, propios de la tradición de que forma parte— que han ido conformando a cada uno, y que configuran su mirada y su forma de entender y de estar en el mundo. Contra la afirmación de la Ilustración que sostiene que para poder conocer hay que deshacerse de toda autoridad y, por lo tanto, de todo prejuicio que se interponga entre el sujeto cognoscente y el objeto que se busca conocer, Gadamer afirma que (además de lo indicado antes respecto a que la relación que se establece con lo estudiado no es la de sujeto/objeto) los prejuicios son condición sin la cual no hay acercamiento posible a un nuevo conocimiento

dado que éstos conforman, en gran medida, el parámetro que configura las expectativas necesarias para construir el sentido. Pero implica también que, en principio, son sólo eso: prejuicios, puntos de partida, y que deberán ser sometidos constantemente a prueba para valorar su pertinencia en relación con otros; echar mano de aquellos que propician la conversación, que no obstaculizan la escucha, que ayudan a hacer preguntas pertinentes. Habrá, entonces, que estar atento para deshacerse o, por lo menos, para poner en paréntesis aquellos prejuicios que obstaculizan la comprensión adecuada de la historia que se busca redescubrir; apartar todo prejuicio que impida ver al otro en su diferencia, escucharlo, hacerle preguntas, iniciar el diálogo.

Como apunté antes, además de estos presupuestos, tomaré algunos argumentos de Paul Ricoeur que iré exponiendo en el transcurso del análisis, ya que en la constitución narrativa de la historia el teórico identifica las características y funciones que responden a los señalamientos de Gadamer respecto a las formas de acercamiento que requiere el investigador que busque respetar la alteridad, al tiempo que se propicia el diálogo. Los argumentos de Ricoeur sobre la narratividad, darán pautas concretas para identificar los puntos de partida, los presupuestos en que se basan los historiadores que aquí me ocupan.

III. Dos obras, dos horizontes

En el caso de Schettino y de Taibo, los dos autores de las obras que me ocupan, la diferencia del horizonte del que cada uno parte para remontarse al

pasado del movimiento cuyo centenario conmemoramos, es grande. Es esta diferencia la que en este trabajo importa hacer notar.

Algunos de los prejuicios que colocan a estos autores en la situación desde la que cada uno parte y, por lo tanto, el horizonte desde y con el que se desplazan y que marca el rumbo hacia donde se dirigen con el fin de redescubrir, cada uno en distinto grado (ya que sus respectivos textos pertenecen a modalidades diferentes) el relato de la Revolución Mexicana, despuntan desde el puñado de epígrafes con que cada autor inicia su recorrido.

En *Cien años de confusión*, el primero de los epígrafes, dice: “Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, Juan 8:32”. Con esta cita bíblica busca, desde luego, autoridad; pero no alude al referente de la fuente citada, lo que aquí implica es que hay una sola verdad histórica, verdad de la que él es poseedor, y que está a punto de entregárnosla; esto es, se apoya en la Biblia que es parte de su acervo, pero con la cita despuntan los principales prejuicios con que elabora la argumentación en que se sustenta su texto, como se verá más adelante.

En el texto de Taibo, *Pancho Villa*, el último epígrafe resume el rumbo. Es el que sigue: “Amigo, la historia de mi vida se tendrá que contar de distintas maneras. Pancho Villa”. No puede ser mayor la discrepancia entre los dos puntos de partida. Mientras, como indiqué, la cita del primero implica que se dispone a revelarnos “la verdad”, de la cita tomada del texto de Taibo se deja ver que el autor asume el conocimiento de la historia como algo más complejo. Como dije, la diferencia se origina en los prejuicios con que cada uno de ellos se acerca a la disciplina histórica. Dado que es interesante observar cómo en uno y otro texto el conjunto de epígrafes que aparecen son

de gran coherencia en el sentido del discurso que cada uno busca construir, de la dirección que cada autor se propone, los consigno enseguida.

En *Pancho Villa*, la lista es más larga, la completan estos cuatro epígrafes que anteceden al ya citado:

- “Por un breve tiempo, también los bandidos tienen su reino, su justicia, su ley. Ramón Puente”
- “El cantar de gesta de la revolución cabalga en el corcel de Villa. Mauricio Magdaleno”
- “No lo entienden. Harán de él caricaturas, semblanzas de un detalle o de un aspecto de su persona, fabricarán con él leyendas y novelas. Ramón Puente”
- “T. Roosevelt: Villa es un asesino y un bígamo. (Citado por Granville Hicks)”

Como puede observarse, los epígrafes ofrecen versiones de aspectos marcadamente diferentes del mismo personaje. Esto se debe no sólo a la complejidad del personaje histórico, sino también a los diversos prejuicios que configuran el horizonte de los distintos enunciantes a los cuales el autor da la palabra. El último epígrafe (que cité antes, y que se compone con palabras del mismo Villa) parece ofrecer la conclusión que se desprende de la variedad de los otros cuatro.

En el texto de Schettino, *Cien años de confusión*, aparecen sólo dos epígrafes más. Uno pertenece, como el ya consignado, a la Biblia (aunque como se recordará, éste fue tomado del Nuevo Testamento, mientras que el que citaré enseguida, pertenece al Antiguo Testamento):

- “Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia, y quien añade ciencia, añade dolor. Eclesiastés, 1:18”
- “Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio. Joan Manuel Serrat”

En el epígrafe consignado con anterioridad y en el primero de estos últimos, se trata de citas a las que el autor recurre, como apunté antes, apelando a la autoridad de que goza la Biblia en el mundo occidental. En el último (salvando distancias) recurre al prestigio (en gran medida debido, irónicamente, a su apertura a la *otredad*) que ha logrado el cantante catalán en el mundo de habla hispana. Con estos respaldos busca legitimidad para el discurso cuya construcción inicia, implicando desde ya, y como apunté, que él tiene la verdad.

1. Cien años de confusión

En el texto de Macario Schettino, el esbozo de la línea que aparece en los epígrafes comienza a tomar formas más definidas desde la introducción, propiamente. Sus declaraciones son contundentes e igual que sus epígrafes tienen un carácter absoluto: “El siglo XX en México es el siglo de la Revolución Mexicana. Pero ésta es un concepto, no un hecho histórico. La Revolución que marca el siglo en nuestro país nunca existió” (Schettino, 2007:13). Esta afirmación se repetirá una y otra vez en las páginas contiguas. Se trata, dice refiriéndose a la historia de la Revolución Mexicana, de una construcción cultural resultante de un error que él explica así: “[...] interpretamos los hechos ocurridos en México entre 1910 y 1938 no con base

en ellos mismos, sino partiendo de su resultado final” (Schettino, 2007: 13). Esta crítica implica que el autor entiende la historia como una disciplina que estudia los hechos en estado puro; que éstos se explican a la manera de las ciencias naturales. Pero como afirma Ricoeur, dado el estatuto narrativo de la comprensión histórica, la explicación funciona al interior y al servicio del relato que se está construyendo: “En efecto, la estructura misma del relato prescribe las reglas del empleo de la explicación y engendra el nivel de expectativas, según las cuales tal o cual explicación es necesaria y aceptada” (Ricoeur, 1994: 26).

Hay dos requisitos mínimos, afirma Ricoeur, que permiten reconocer la constitución narrativa de la comprensión histórica. Uno es la frase *narrativa*; el otro, la *fenomenología de seguir una historia*. En este momento, interesa el primero de ellos.

Las frases narrativas, sostiene Ricoeur, siguiendo a Arthur Danto:

[...] se refieren al menos a dos acontecimientos separados en el tiempo, aunque describan solamente el primero de ellos. Esa característica no se limita a establecer una simple diferencia estilística. Es un rasgo diferencial del conocimiento histórico [...] una frase narrativa describe un evento A en referencia a un evento B que no podría ser conocido en el momento en que A se ha producido: Incluso un testigo ideal no podría decir, en 1789, por ejemplo, que la revolución francesa comienza [...] Una frase narrativa, entonces, es una de las descripciones posibles de una acción en función de eventos posteriores, desconocidos por los agentes, pero conocidos por el historiador (Ricoeur, 1994: 27-28).

Agrega, además, que la estructura misma de la frase narrativa tiene la consecuencia de que la descripción de un evento puede cambiar al ser explicado en relación con eventos ocurridos con posterioridad; por lo tanto, las descripciones no son definitivas, el proceso del conocimiento histórico es abierto.

Si se retoma la crítica que hace Schettino a la Historia de la Revolución Mexicana a la luz de estas características de la frase narrativa, su argumentación no se sostiene. Se diría que lo que no le permite darse cuenta de la validez de la explicación que él expone como errónea “es el prejuicio de que un evento tiene una significación fija, que podría ser registrada por un testigo capaz de dar una descripción integral de ella tan pronto se haya producido” (Ricoeur, 1994: 28). Tenemos así que, siguiendo este criterio de Ricoeur (referente a este tipo de explicación), la historia que el autor de *Cien años de confusión* califica de falsa por explicar el movimiento armado desde lo que él llama “resultado final” (y que se refiere a los cambios políticos y sociales que culminaron en la década de los años 30, pero que venían ocurriendo desde, por lo menos, los años 20), no es tal; la falta de pertinencia de los argumentos que la califican como falsa, queda de manifiesto.

Más todavía, es interesante observar cómo los argumentos que Schettino expone en sus críticas podrían servir a Ricoeur como contraejemplo de su entendimiento de la disciplina historiográfica. Por ejemplo, siguiendo con la crítica a la forma de explicación de los historiadores de la Revolución Mexicana, el autor sostiene: “Hay algo sorprendente en la Revolución Mexicana. Poco antes de que ocurriese, nadie parecía preverla, pero una vez terminada era ya algo inevitable, producto irremediable de fenómenos

evidentes” (Schettino, 2007: 29). Esta crítica contradice tanto el entendimiento de la validez de la frase narrativa, como el hecho de que es el relato el que impone la función de la explicación, y el que da lugar a las expectativas que harán necesaria y aceptable determinada explicación. Además, sostiene Ricoeur (y esta afirmación es aquí relevante) que ésta es la razón por la cual la disciplina historiográfica no es predictiva.

Cabe preguntarse entonces, qué ideas, qué conceptos llevan a Schettino a negar de manera absoluta la validez de la Historia de la Revolución Mexicana. De lo hasta aquí expuesto se observa, primero, que él se autoproclama poseedor de la verdad y que está a punto de entregarla a los lectores (epígrafes y afirmación contundente con que abre el texto). Luego, por sus críticas a la forma de explicación de los historiadores de la Revolución —y la impertinencia de las mismas a la luz de los argumentos de Ricoeur acerca de la constitución narrativa— se deriva que la relación que establece con la historia es la de un sujeto frente a un objeto; que no se asume como parte del campo que estudia.

Según este autor, lo que ocurrió fue un ir hacia atrás que nos hizo perder siglos, puesto que volvimos a la colonia, en esa carrera que es, para él, la historia. México, afirma, ya había entrado a la modernidad, pero la guerra civil y el mito de la Revolución causaron un gran retroceso. Que entiende la historia como algo lineal, se advierte desde la portada del libro donde aparece un caballo brioso intentando ir hacia delante, al tiempo que un jinete de sombrero grande, carabina en mano, montado al revés y mirando hacia atrás, intenta impedirlo. Y queda más claro en aseveraciones como las que siguen: “Así, en materia política, el régimen de la Revolución Mexicana es

premoderno, mientras que en materia económica es precapitalista: Es un fósil del siglo XVII [...]” (Schettino: 2007: 14).

Modernidad es palabra clave en su relato puesto que es el paradigma con que evalúa el episodio histórico de la Revolución Mexicana. Se trata, como es sabido, del nombre de la historia de Occidente a partir del Renacimiento, contada desde la perspectiva de los grupos hegemónicos de Europa primero, y más adelante, también desde el punto de vista de las instituciones predominantes, de Estados Unidos. Y como todo relato, esta historia prefigura las reglas del papel de la explicación y da lugar a las expectativas que la legitiman.

La modernidad, paradigma del pensamiento de Schettino, concibe la historia como rectilínea, moviéndose en forma continua hacia delante, progresando siempre. Al respecto, dice Fausto Reinaga: el “aliento vital” del pensamiento occidental es la razón del “tiempo rectilíneo [...] la razón avanza en línea recta. En torno a esa idea se organiza el occidente. Y así llega a la bomba atómica [...]” (Mignolo, 2007: 75).

Esta idea de la historia entendida como fuga constante hacia el futuro, y como sinónimo de progreso, es lo que hace que (a pesar de que admite que el problema de la tenencia de la tierra era esencial para los zapatistas —con un rotundo no para el resto de los grupos contendientes—) el autor de *Cien años de confusión* afirme sarcástico: “Pero los zapatistas eran, siguiendo la maravillosa frase de Womack ‘campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución’” (Schettino, 2007: 34).¹ En su concepto de la historia, la lucha de estos campesinos indígenas por la recuperación de

¹ J. Jr. Womack es autor de *Zapata y la Revolución Mexicana*.

sus tierras sólo le merece mofa; en el horizonte colonialista de la modernidad, el lugar de los zapatistas era aquel en el que se encontraban: el de peones de haciendas, de enormes plantaciones de caña de azúcar —modo de producción que, siguiendo la lógica de la modernidad, debería seguir creciendo— y cuyo producto habría de exportarse a las metrópolis; y todo esto ocurría ahí, en sus propias tierras, en lo que había sido una comunidad agrícola cuyo modo de trabajar y de convivir con la tierra ofrecía enormes posibilidades de viabilidad y armonía.

Y es que, como afirma Walter D. Mignolo, para la historiografía que se estructura alrededor de la idea de modernidad, Europa va siempre a la cabeza; las colonias, en la retaguardia. Por lo demás, esta estructura continúa después de la ‘independencia’ de las colonias, sólo que a las antiguas metrópolis se suma Estados Unidos, país que a la postre iría a la cabeza.

Desde este paradigma, Schettino tiene razón dado que el desarrollo y enriquecimiento de las metrópolis depende inevitablemente de las colonias. El reclamo que hacían los zapatistas implicaba una ruptura en la historia de la modernidad. De ahí que se dé a la tarea de hacer afirmaciones que buscan restar importancia a las exigencias indígenas:

Quizá porque la población en México era mayoritariamente rural en 1910, o porque la imagen de los sombrerudos de Zapata y los vaqueros de Villa resulta impresionante, se acostumbra creer que la Revolución fue agraria. Esto, sin embargo, no resulta cierto más allá de la trivialidad de que fueron hombres del campo los que pelearon en todas las fracciones, lo que no significa nada cuando más de dos terceras partes de la población podía considerarse del campo (Schettino, 2007: 34).

Sin embargo, Mignolo, quien desentraña la historia de la hegemonía de Europa y Estados Unidos desde la perspectiva de los llamados *estudios de frontera* y de la teoría de la *decolonización*, tiene como base, entre otras, esta premisa: “No existe modernidad sin colonialidad, ya que ésta es parte de la modernidad” (Mignolo, 2007: 18). Y más adelante sostiene: “[...] quienes hablamos desde el punto de vista de las antiguas colonias vemos varios acontecimientos que ocurren al mismo tiempo, aunque no necesariamente en el mismo lugar, relacionados entre sí mediante la estructura impuesta por el diferencial de poder [...], por ‘diferencial de poder’ entiendo no sólo la acumulación de riqueza y tecnologías militares de muerte sino también el control de las concepciones de la vida, la economía, el ser humano y el trabajo” (Mignolo, 2007: 77).

Desde el horizonte de Schettino, en cambio, Villa y todos los que se levantaron al llamado de Madero buscaban, sobre todo, la satisfacción de sus conflictos personales con individuos que se apoyaban en Luis Terrazas (político y gran terrateniente, por cierto). La tierra no estaba en manos de unos cuantos, tendría un hacendado cuatro haciendas, pero no diez, nos explica Schettino, mientras que —y en contrapunto— entre las explicaciones más constantes en la historiografía de la Revolución están: la miseria en que vivían los campesinos —especialmente los indígenas— despojados de sus tierras y trabajando prácticamente en condiciones de esclavitud, la vulnerable condición de los obreros en la incipiente industria, la creciente condición de subordinación del país a Estados Unidos, la nueva metrópoli, y el prolongado acaparamiento del poder en manos de Porfirio Díaz, el autor que aquí me ocupa sostiene: “La única causa: la vejez de Díaz” (Schettino, 2007: 49).

Ciertamente es la explicación no sólo esperada, sino necesaria para el desarrollo del relato que decidió contar, el de la modernidad. En efecto, Porfirio Díaz y su grupo de científicos positivistas eran el eslabón legítimo de esa historia, pero con la edad, Díaz perdió su proverbial lucidez; por eso, no supo “heredar” el poder, dice el autor (es digno de hacer notar cómo en su explicación no habla de ambición desmedida de poder ni siquiera de algún defecto, sino de algo tan neutro como el deterioro biológico natural que ocasiona el transcurrir del tiempo). Según Schettino, si Díaz tan sólo hubiera permitido la sucesión, la historia de la modernidad habría seguido su curso. Pero este aferramiento a la presidencia debido a su decrepitud, explica, terminó con la paciencia de algunos individuos de la élite, gente más joven que consideraba que ya era su turno. Entre ellos, Francisco I. Madero.

Pero resulta que al llamado de Madero, dice, no acudieron los que éste esperaba, aquéllos que tenían interés en la vida política, sino gente revoltosa que buscaba saldar cuentas personales. Para explicar con verdad el levantamiento zapatista —por nombrar sólo al grupo armado más paradigmático de nuestro pueblo— necesita otro relato. El relato de la modernidad no puede contarle: es su lado oscuro. Como señalé antes, Mignolo afirma que este relato tiene dos caras, modernidad/colonialidad. La primera, tiene la palabra: es un monólogo; a la otra, a la colonialidad, en esa historia, le toca el silencio.

Tenemos, así, que de acuerdo con el autor de *Cien años de confusión*, Villa y Zapata y, por lo tanto, el villismo y el zapatismo y todos los grupos implicados en el conflicto son parte de una historia que por falsa debe morir. Es, dice, la fuente de nuestros males. Busca que borremos ese trayecto, que

retomemos la historia ahí donde nos desviamos de la modernidad y del progreso, ahí donde la dejó el porfiriato. Macario Schettino no dialoga con la diferencia, no busca entender su lenguaje. Ya en los epígrafes había indicios de la relación que establece con el lector. Pero el ejemplo que sigue es ilustrativo. La Revolución, afirma:

Es un fósil del siglo XVII que casi llegó a ver el inicio del siglo XXI, pero que no ha muerto del todo porque está en la mente de muchos mexicanos, porque su corazón sigue siendo como el régimen lo hizo: autoritario, antiliberal, renuente a la competencia, refractario a las *ideas exóticas*, ensimismado (Schettino, 2007: 14).

Su relato entonces, como señalé antes, es un monólogo. De ahí las frases cerradas, sin matiz, absolutas. Schettino no nos implica, no dialoga con nosotros: nos juzga y nos adoctrina.

2. *Pancho Villa. Una biografía narrativa*

Apuntaba hacia el inicio de este trabajo que desde los epígrafes que aparecen en el texto de uno y otro autor se esboza el rumbo, la diferencia en el concepto de historia que cada uno pone en juego. Ya en la introducción de cada texto, se corrobora y ahonda la diferencia. Mientras que, como indiqué, Schettino inicia su texto con frases absolutas, con declaraciones terminantes que están ahí para juzgar, Paco Ignacio Taibo II, autor de *Pancho Villa*, entiende que para juzgar primero hay que comprender.

La introducción del libro se divide en cuatro partes (sin título, sólo numeradas). La primera de ellas contiene lo que en investigación se llamaría convencionalmente ‘objeto de estudio’. Pero la relación que entabla en esta introducción no es la de sujeto/objeto: se trata del acercamiento al *otro*, a uno de los protagonistas de la Revolución en toda su complejidad.

El primer párrafo del texto de Taibo abre una puerta que permite al lector la entrada al espacio que contiene la situación inicial del personaje histórico que busca comprender y que comprendamos. Desde las primeras líneas, el lector se halla frente a la situación del otro:

Aquí se cuenta la vida de un hombre que solía despertarse, casi siempre, en un lugar diferente del que originalmente había elegido para dormir. Tenía este extraño hábito porque más de la mitad de su vida adulta, 17 años de los treinta que vivió antes de sumarse a una revolución, había vivido fuera de la ley; había sido prófugo de la justicia, bandolero, ladrón, asaltante de caminos, cuatrero. Y tenía miedo de que la debilidad de las horas de sueño fuera su perdición [...] (Taibo II, 2006: 9).

El resto de los párrafos que componen esta primera parte inician (con pequeña variantes) con la misma frase que abre el párrafo ya citado; así, a través de esta constante, da más relieve a la forma señalada de acercamiento a su campo de estudio. Por ejemplo, el párrafo siguiente inicia así: “Un hombre que se sentía incómodo teniendo la cabeza descubierta” (Taibo II, 2006: 9), párrafo largo en el que prosigue con una serie de anécdotas al respecto y que, aunque de apariencia trivial, exponen cierta vulnerabilidad en el personaje. Otras entradas afirman: “Esta es la historia de un hombre del que se dice

[...]” (Taibo II, 2006: 10). “Un hombre que cuenta al menos con tres ‘autobiografías’, pero ninguna de ellas fue escrita por su mano” (Taibo II, 2006: 10). “Esta es la historia, pues, de un hombre que contó y del que contaron, muchas veces sus historias, de tantas y tan variadas maneras que a veces parece imposible desentrañarlas” (Taibo II, 2006: 11), entradas que lo destacan como un hombre leyenda, con la dificultad que esto implica para el trabajo del investigador. También indican la consciencia del peligro que conlleva la subjetividad implicada. Otros inicios sustituyen el sustantivo “hombre” (que es, de manera significativa, el más frecuente y con el que se abre y cierra la sección), para abordarlo desde otras facetas centrales en su historia, por ejemplo: “Un revolucionario con mentalidad de asaltabancos [...]” (Taibo II, 2006: 10), entrada que, junto con otras dos, acentúa al estratega. O esta otra: “Un ciudadano que en 1916 propuso la pena de muerte para los que cometieran fraudes electorales, inusitado fenómeno en la historia de México” (Taibo II, 2006: 10), con la cual, de cara al lector, el autor alude a las relaciones entre pasado y presente.

A propósito del párrafo con que se abre la introducción (y que cité en su totalidad), afirmé que en él se buscaba que el lector se hiciera cargo de la situación oprimente y concreta que contenía al personaje. En el párrafo que cito en seguida, el autor busca hacer patente el casi nulo horizonte que tal situación permite, y lo hace poniéndolo al lado de otros lejanos y marcadamente distintos horizontes:

Un hombre que fue contemporáneo de Lenin, de Freud, de Kafka, de Houdini, de Modigliani, de Gandhi, pero que nunca oyó hablar de ellos, y si lo hizo,

porque a veces le leían el periódico, no pareció concederles ninguna importancia porque eran ajenos al territorio que para Villa lo era todo (Taibo II, 2006: 10).

Siguiendo con la puesta en relieve de la estrechez de su horizonte, otra entrada apunta: “Una persona que apenas sabía leer y escribir, pero que cuando fue gobernador del estado de Chihuahua fundó en un mes cincuenta escuelas” (Taibo II, 2006: 10). Sin embargo, habría que señalar que la última parte de esta cita promueve el entendimiento —fundamental en la hermenéutica de Gadamer— de que el ser humano, el hombre no se conforma de pronto como un ser entero, sino que se construye en el camino mediante la experiencia. Es la entrada, también, que indica el rumbo de la discusión que, ya en el interior del texto, entablará con otros historiadores. Por ejemplo, sus réplicas al historiador Alan Knight, autor de *La Revolución Mexicana*, quien sostiene que para Villa la revolución no significó un cambio de actividad, sino de título. Esta cuestión del paso del bandolero al revolucionario parece fascinarle a Taibo. Con voluntad de escuchar, hace preguntas sobre las razones de la entrada del bandolero a la Revolución:

Se cuenta que Villa le parecía a Abraham [González] “importante pero peligroso”. Lo peligroso es claro, pero ¿lo importante? [...] ¿Qué indicadores tenía de que el bandido Pancho Villa aceptaría volverse el revolucionario Villa? (Taibo II, 2006: 52)

En el texto, se pregunta una y otra vez ¿qué pensaría Villa cuando entró a la Revolución? Sabe que Villa no tiene formación política. Quizá sea,

reflexiona: “[...] una razón que justifique y le dé sentido a una vida en el límite [...]” (Taibo II, 2006: 54).

La segunda parte de su introducción deja ver que el autor se hace cargo de otro aspecto problemático de la historiografía, fundamental desde la perspectiva hermenéutica. Se trata de la constitución de las fuentes. Como afirma Ricoeur, hay una marcada diferencia entre un fenómeno físico que simplemente ocurre y un evento histórico que llega al historiador construido mediante la crónica, la leyenda, la memoria, etc., y que por lo tanto está ya mediatizado. Taibo tiene consciencia de esta mediación y de la problemática que implica. También sabe que tal construcción implica, así sea mínimamente, la palabra de ese *otro* que la construyó. De ello da cuenta en esta segunda sección que inicia así:

En la memoria de los supervivientes las vacas son más grandes, las montañas más altas, las llanuras siempre interminables, el hambre mayor, el agua más escasa, el miedo, apenas un destello fugaz. No exagera el que cuenta, es un problema de las pocas luces del que escucha. El narrador ha tratado de escuchar en medio de este rumor interminable e inmenso que surge del villismo y de la figura de Pancho. Siente que en ocasiones lo ha logrado, no siempre (Taibo II, 2006: 11).

De manera implícita clasifica la historiografía de la Revolución Mexicana en dos tipos: la que podría llamarse popular basada en la leyenda, la anécdota, los testimonios orales, etc., y la oficial que tiene como fuente, de manera primordial, el archivo. Tiene como principio dudar de ambas fuentes;

no tomar los datos por los hechos, ya que entre el presente y el tiempo en que ocurrieron los eventos hay una larga cadena de mediaciones:

Villa contó sus historias centenares de veces en torno de esas fogatas, en las horas muertas durante los viajes en tren, en las interminables cabalgatas. Y otros contaron a otros lo que él les había contado. Y éstos a otros. Y así lo seguimos contando (Taibo II, 2006: 11).

Se hace cargo también de que el hecho de que una historia se repita una y otra vez no la hace necesariamente verdadera. Y sabedor de los recursos que buscan la verosimilitud en la narración, sostiene que hay que mantenerse alerta ante el truco.² En fin, en este rehacer de la historia, Taibo pone en duda por más que le maravillen aquellas versiones populares de las que no encuentra sustento; busca, también, descartar todo lo que en las versiones oficiales es mentira, componenda o adulación interesada. Como resultado, se encuentra con un personaje complejo. Bandolero, sí; pero también un hombre que al ir actuando en el tiempo se vuelve revolucionario. Sin omitir sus excesos, encuentra que Villa merece una historia.

La tercera (y pequeña) sección corresponde al momento quizá más difícil para el investigador: aquél donde decide qué actitud tomar ante la información que tiene enfrente de sí. El autor ofrece no manipular la información de manera que responda a una hipótesis preconcebida, y señala que dada la complejidad del personaje y de las historias maniqueas que de él se han venido contando se provocan reacciones contrastantes e indica:

² Cabe recordar aquí que Taibo es autor, también, de relatos de ficción.

“Acercarse a Villa en busca de Robin Hood y encontrarse con John Silver suele ser peligroso. Mucho mejor es narrarlo” (Taibo II, 2006: 12). De esta manera cautelosa ofrece al lector la responsabilidad o la oportunidad de juzgar. En suma, esta sección indica que el autor buscará la objetividad que en este campo de estudio es posible; pero también, la participación del lector.

En la última (también pequeña) parte, hace explícito el hecho de que tanto la ficción narrativa como las fotografías fueron utilizadas como información, aunque siempre para contrastarla con el resto del material disponible. Es interesante, por cierto, observar la forma simple pero viva e imaginativa en que lee las fotografías.

Los villistas parecen un arsenal humano, con dos cananas terciadas sobre el pecho, otra a la cintura, a veces, doble [...]; ellos son su propia intendencia. Lo que no se puede cargar nadie te lo va a traer al campo de batalla. [...] Las fotografías muestran una notable diferencia entre el Estado Mayor de Villa y el de Orozco. Los Orozquistas, a los que no les faltan rifles, no traen cananas, parecen notablemente más elegantes, con chalecos y aun corbatas, la sobriedad del traje negro de Orozco y la gran diferencia: sombreros texanos (Taibo II, 2006: 80).

La cita busca dar un indicio del talento imaginativo con que el autor obtiene información de diferentes materiales. Habría que agregar que, como se notará por las diversas citas, la imaginación es un recurso constante en todos los planos de construcción del texto. Con relación a este recurso, Luis González, el célebre autor de *Pueblo en vilo*, afirma: “Lo único recomendable en la etapa interpretativa es el talento del historiador, el prudente uso de la

loca de la casa como le decía Santa Teresa a la imaginación” (González, 1988: 157).

Antes de cerrar la última sección de su introducción y con el afán de dejar clara la forma en que manejó las fuentes, Taibo advierte que la voz de Villa que se halla entrecomillada en el texto, no siempre es directa: “[...] muchas veces es la voz que le han prestado sus secretarios, sus biógrafos y sus amanuenses. Sin embargo, algo queda” (Taibo II, 2006: 13).

Ricoeur asegura que el arte de contar una historia (contrapartida de la fenomenología de seguir una historia) implica mucho más que añadir un evento después de otro; un relato es ante todo una intriga, y una intriga cuenta los eventos pasados necesariamente desde el presente, al tiempo que alude al futuro Y al hacerlo reordena los hechos, reflexiona sobre ellos, arma totalidades y establece diversas relaciones con los agentes de la historia y con sus lectores. El relato, entonces, es dialéctica temporal; es secuencia; es figura.

El texto de Taibo da razón de que el autor es consciente del trabajo de temporalidad que implica el conocimiento, la comprensión de la historia. Daré unos ejemplos al respecto. Para establecer la fecha de nacimiento del hombre cuya biografía le ocupa, inicia así el capítulo uno:

Alguna vez, el que sería Pancho Villa le dijo al periodista Silvestre Terrazas: “Si mi madre se retrasa 24 horas más de parto, nazco adivino”. No está muy claro por qué un retraso en el nacimiento podría producir tal género de transmutación, conversión o futuro oficio, pero nada estará demasiado claro en lo que será una historia dominada por los cuentos, las leyendas, los chismes y las versiones, muchas de ellas contradictorias y enfrentadas. Lo que parece claro es que el

acontecimiento se produjo el 5 de junio de 1878 a las tres de la tarde (Taibo II, 2006: 16).

La frase con que inicia nos da razón de un tiempo que se ubica entre nuestro presente y el tiempo en que el nacimiento de Villa tuvo lugar; esto es, la frase contiene ya dos planos del pasado, procedimiento que tiene el poder de acentuar el hecho de que no sólo los acontecimientos se desarrollan en el tiempo, sino que el personaje, mejor, el hombre, al hacerse mediante sus acciones e interacciones, también se hace en el tiempo. La intriga es argumento. Pero hay otros planos del tiempo implicados en este párrafo que ponen en relieve la fuerza que tiene la estructura de la intriga. El presente del personaje histórico es una maraña que hay que desenredar, se nos dice — desde el presente atento de este particular relato— mediante la digresión que intercala el autor en el párrafo. El espesor que tiene la figura de Villa se lo da el lente que es el presente desde donde el autor se dispone a configurarlo. La cita es un mínimo ejemplo del vaivén temporal de que están hechos muchos de los pequeños núcleos que tejen esta historia. Por último, las líneas que siguen ilustran el tipo de relación que establece con el lector:

Por razones que el autor no se ha podido explicar, siempre quiso que este libro terminara con esta foto del rostro de Villa [...]. De alguna manera quería que esta historia culminara con Villa mirándonos, mirando el México de 2006 y nosotros mirándolo a él (Taibo II, 2006: 854).

Habría que hacer notar cómo el autor no sólo implica a los lectores en su relato sino que se implica entre ellos. Pero sobre todo, estas líneas indican

que Taibo entiende que “las historias ‘verdaderas’ del pasado liberan las potencialidades del presente [...], que no hay historia sino del presente” (Ricoeur, 1994: 108).

IV. Conclusión

La propuesta hermenéutica de Gadamer confiere al diálogo un lugar central. Sabedor de que la palabra nos constituye, propone al ser humano como una conversación. La diferencia entre *Cien años de confusión* y *Pancho Villa*, puesta en relieve en este trabajo, sugiere que el reto ante el que nos pone el hermeneuta es difícil pero no imposible.

Con el concepto de modernidad como centro, Schettino tiene una idea estrecha de la historia; la modernidad es un monólogo, no va al encuentro del otro. Pretende abordar los hechos históricos que estudia de forma directa; éste es, paradójicamente, el prejuicio que impide al autor reflexionar sobre su propia situación, sobre su punto de partida, de manera tal que le permita ir ampliando su horizonte. Schettino se limita a aplicar el formulario previsto por la modernidad, desoyendo todo lo que cae fuera de él.

El otro texto, el de Taibo, es una conversación, aunque no necesariamente tersa. Esto es posible porque el autor es consciente de estar inmerso en el campo que busca estudiar, y se hace cargo de los límites que impone esta condición de ser histórico: “El pasado es esa caótica historia que se lee conflictivamente desde el hoy [...]” (Taibo II, 2006: 12). De ahí que antes de partir elabore pacientemente la situación hermenéutica requerida, aquella que

le permita estar en guardia ante las subjetividades implicadas; la propia y las ajenas. El resultado es una obra que configura un espacio para compartir la palabra.

Esta última postura tiene pertinencia. Es tiempo de preguntarnos: “¿Cuáles son tus palabras, cómo hablas, quién habla por ti? ¿Qué recuerdas? ¿De dónde vienes? ¿Quiénes son tu padre y tu madre? ¿Reconoces a tus hermanos? ¿Qué quieres?” (Fuentes, 1990: 28). No sólo es tiempo de aniversarios, también es tiempo de crisis. Y es en los períodos de crisis cuando los horizontes con que proyectamos el futuro se remueven. De ahí que, como estas dos re-descripciones, en estos años de aniversarios de Revolución e Independencia de México circulen otras historias de Zapata, de Felipe Ángeles, de Morelos. También de Cristeros y atentados antiporfirianos. Historias que nos contamos.

Afirma Carlos Fuentes que somos memoria y deseo; que el proyecto que somos se conforma, en gran medida, de aquello que recordamos. Y es tiempo de recordar, de contarnos nuestras historias. Pero, siguiendo a Ricoeur, habría que agregar que sólo las historias “verdaderas”, las que contienen la “verdad vivida” de los hombres, las que reconocen los valores del pasado en su alteridad, en su diferencia, son capaces de abrir las puertas a los posibles narrativos que podrán orientar nuestro presente y ayudarnos a imaginar nuestro futuro.

Bibliografía

Fuentes, Carlos. *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. México: FCE, 1990.

Gadamer, Hans-Georg. "Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica." *Verdad y método*. Salamanca: Eds. Sígueme, 1996. 331-377.

González, Luis. *El oficio de historiar*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1988.

Mignolo, Walter D. *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa, 2007.

Reale, Giovanni y Darío Antiseri. *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Barcelona: Herder, 1995.

Ricoeur, Paul. *Relato: historia y ficción*. México: Dosfilos editores, 1994.

_____. *Tiempo y narración, I, Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI, 1995.

Schettino, Macario. *Cien años de confusión. México en el siglo XX*. México: Taurus, 2007.

Taibo II, Paco Ignacio. *Pancho Villa. Una biografía narrativa*. México: Planeta, 2006.

Womack, John Jr. *Zapata y la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 1992.

María Dolores Pérez Padilla

Departamento de Letras
Universidad de Guadalajara, México
E-mail: doloresp@csh.udg.mx

.....
Fecha de llegada: 20 de octubre de 2009

Fecha de revisión: 30 de octubre de 2009

Fecha de aprobación: 6 de noviembre de 2009